

PUNTO **cu** NORTE

·REVISTA ACADÉMICA DEL CENTRO UNIVERSITARIO DEL NORTE·



Procesos de memoria

Número 7: julio–diciembre 2018

ISSN: 2448-6426



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA
CENTRO UNIVERSITARIO DEL NORTE



OFERTA ACADÉMICA

LIC. EN ADMINISTRACIÓN
LIC. EN AGRONEGOCIOS
LIC. EN ANTROPOLOGÍA
LIC. EN CONTADURÍA
LIC. EN DERECHO

LIC. EN ENFERMERÍA
LIC. EN NUTRICIÓN
LIC. EN PSICOLOGÍA
LIC. EN TURISMO

ING. EN ELECTRÓNICA Y COMPUTACIÓN
ING. EN TELEMÁTICA
ING. MECÁNICA ELÉCTRICA



INFORMES

<http://cunorte.udg.mx/carreras/>
www.cunorte.udg.mx/posgrados



PUNTO **cu** NORTE

Procesos de memoria

Número 7: julio–diciembre 2018



Universidad de Guadalajara

Dr. Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Dra. Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectora Ejecutiva

Mtro. José Alfredo Peña Ramos
Secretario General

Centro Universitario del Norte

Mtro. Gerardo Alberto Mejía Pérez
Rector

Dr. Héctor Cuéllar Hernández
Secretario Académico

Mtro. Efraín de Jesús Gutiérrez Velázquez
Secretario Administrativo

Dra. Noemí Rodríguez Rodríguez
Directora de la División de Ciencia y Tecnología

Mtro. Uriel Nuño Gutiérrez
Director de la División de Cultura y Sociedad

Dirección

Jorge Ignacio Rosas

Coordinación del número

Ana Ramos, José María Bompadre, Uriel Nuño Gutiérrez y Miguel Ángel Paz Frayre

Corrección y cuidado editorial

Andrea López Mendoza

Fotografías

Servando Alvarado Cisneros

Consejo editorial

Dr. Andrés Fábregas Puig
Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en
Antropología Social, unidad occidente, México

Dra. Herminia Alemany Valdez
Universidad de Puerto Rico en Aguadilla, Puerto Rico

Dra. Teresita Quiroz Ávila
Universidad Autónoma de México, unidad Azcapotzalco,
México

Dr. Eduardo González Velázquez
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de
Monterrey, México

Dr. Antonio Luzón Trujillo
Universidad de Granada, España

Mtro. Pablo Ceto
Universidad Ixil, Guatemala

Dr. Antonio Humberto Closas
Universidad Nacional del Nordeste, Argentina

Punto CUNorte, año 4, núm. 7, julio-diciembre 2018, es una publicación semestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través del Centro Universitario del Norte, Carretera Federal 23, km 191, C. P. 46200, Colotlán, Jalisco, México. Tels. +52 (499) 992-1333 / 992-0110 / 992-2466 / 992-2467 / 9921170. <http://www.cunorte.udg.mx/>, jorge.rosas@cunorte.udg.mx. Editor responsable: Jorge Ignacio Rosas. Número de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título: 04-2015-041611055200-102, ISSN: 2448-6426, otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Licitud de Título y Licitud de Contenido en trámite, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Prometeo Editores S. A. de C. V., Libertad 1457, Colonia Americana, C. P. 44160, Guadalajara, Jalisco, México. Este número se terminó de imprimir en julio de 2018 con un tiraje de 500 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Tabla de contenidos

Introducción	7
Ana Ramos y José María Bompadre	
Apuntes para una antropología de la memoria	27
Miguel Angel Paz Frayre, Uriel Nuño Gutiérrez y Adolfo Trejo Luna	
Cuando la multiplicidad se despliega en el tiempo: memorias indígenas en espacios desmarcados en la Comarca Andina del Paralelo 42°, Patagonia argentina	51
María Alma Tozzini	
¿Por qué el <i>lawen</i> une? Procesos personales y colectivos de recuerdo y subjetivación política	72
Mariel Kaia Santisteban	
Consejos maternos que hablan memoria: conversaciones con mujeres de la comunidad mapuche Lago Rosario	110
Mariel Verónica Bleger	
La Escuela Nacional de Maestros y el profesorado disidente de la Ciudad de México: procesos de memoria desde la resistencia	129
Juan Páez Cárdenas	

Silencios y luchas territoriales mapuche como lugares de significación política y cultural	153
Malena Pell Richards	
Desarrollo de la canción huichola. Etapa 3: de los 10 a los 15 años	186
Julio Ramírez	

Introducción

Ana RAMOS*[‡]
José María BOMPADRE**²

La convocatoria para este dossier invitaba a reflexionar en torno a una pregunta específica: ¿De qué tratan los procesos de memoria cuando son encarados colectivamente como proyectos políticos por los grupos subordinados? Esa misma invitación anticipaba la importancia de tener en cuenta que esos trabajos de recuerdo, además de políticos, suelen ser afectivos y que no solo están interesados en organizar las experiencias del pasado, sino también en producir conocimientos significativos sobre el presente y el futuro. Además, al definirlos como políticos, se estaba invitando a pensar cómo esos proyectos se posicionan para resistir o luchar en un campo de fuerzas desventajoso.

Con esa invitación —tan parcialmente interesada de parte nuestra— llegaron los trabajos que componen este número de la revista, desde diferentes lugares geográficos, con distintos conflictos en foco y refiriendo a diferentes grupos sociales. Afortunadamente, nos toca a nosotros presentarlos e introducirlos en el debate más amplio de los estudios de memoria.

* Doctora en antropología Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio de la Universidad Nacional de Río Negro, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. aramosam@gmail.com

** Doctor en antropología. Universidad Nacional de Córdoba e Instituto de Culturas Aborígenes, Argentina. jomabom@yahoo.com.ar

EL CONTEXTO DE PRODUCCIÓN DE LAS MEMORIAS SUBORDINADAS

Recordar es una acción recurrente en la vida humana. Podría afirmarse que traer el pasado al tiempo presente es una actividad constitutiva de las prácticas sociales en todos los grupos humanos. Empero, son tantas las actividades que se ponen en juego en esos procesos de recordar que siempre es tarea de una compilación organizar el recorte y su perspectiva.

Los llamados estudios sobre memorias reconocen discusiones desde la primera mitad del siglo pasado. Los pioneros trabajos de Maurice Halbwachs (1992), publicados originalmente en 1925, establecieron las aproximaciones en relación con el carácter colectivo de las memorias, que derivaron en numerosos debates sobre su papel en la producción historiográfica y en el hacer de las ciencias antropológicas, entre otras disciplinas (Ramos, Crespo y Tozzini, 2016). No obstante, es desde la década de los setenta cuando reconocemos un enfático interés por los estudios que vinculan pasado y memoria (Nora, 1989; Olick y Robbins, 1998).

El objetivo de este número no consiste en realizar un mapeo de dichos abordajes en clave histórica, sino en contribuir a la discusión sobre el carácter político de las memorias. En este sentido, nos interesa recuperar algunas cuestiones centrales que nos permitan examinar los alcances, efectos e intereses sobre los usos del pasado, y los sentidos y significados que tienen las memorias para los sujetos cuyas experiencias del pasado fueron negadas por los Estados nación y los imaginarios dominantes (Abercrombie, 2006). A su vez, capitalizaremos miradas que triangulan enfoques teóricos con presupuestos metodológicos y epistemológicos, los que nos permitirán comprender y explicar casos particulares emplazados desde la experiencia etnográfica.

Las operaciones de la memoria suelen ser experimentadas como “recuperación del pasado” cuando la actividad de recordar colectivamente es llevada a cabo en el marco de procesos históricos de subordinación y alterización (Briones, 1998). En esos contextos, la memoria contribuye a regenerar los vínculos y sentidos de pertenencia que fueron históricamente desestructurados (Carsten, 2007), así como a orientar en términos políticos acciones colectivas de denuncia, resistencia y lucha.

Siguiendo a Ramos, Crespo y Tozzini (2016), reconocemos tratamientos disimiles sobre el derecho a la memoria y sus relaciones con la constitución de proyectos políticos de pertenencia compartida en contextos de subordinación. En principio, los planteos teóricos coinciden en que para pensar los procesos de memoria de los grupos subordinados se debe hacer foco en los contextos hegemónicos de su producción. Desde este ángulo, diversos autores dieron cuenta de los diferentes dispositivos de disciplinamiento que el poder pone en juego para normativizar las interpretaciones del pasado y, con esos encuadres (Pollak, 2006), regular el orden social hegemónico.

En *La ideología alemana*, Marx y Engels (1974) afirmaron tempranamente que “las ideas de la clase dominante son las ideas de la clase dominante de cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante” (p. 50).

Importa considerar, entonces, que las disputas por la interpretación del pasado se llevan a cabo en los horizontes discursivos en los que la hegemonía ha instalado un orden conceptual, con pretensión de delimitar los alcances de todo lo decible y lo pensable en la totalidad social. Esos horizontes aseguran la división del trabajo discursivo (Angenot, 2010), articulan conceptualmente una lógica particular del mundo, administran la verosimilitud de los relatos y producen los silencios estratégicos (Trouillot, 1995).

Sin embargo, los recuerdos excluidos y silenciados son también los recuerdos con potencial político para proponer inversiones, impugnaciones y transformaciones en esas matrices hegemónicas de inteligibilidad del pasado. En esta línea, pensar acerca del trabajo de las memorias subalternas resulta imprescindible, no solo para poner en cuestión los campos o repertorios contenciosos que se pretenden imponer (Roseberry, 1994), sino también para seguir pensando futuros posibles.

En la tarea de resignificar procesos de violencia, silencios, memorias dolorosas y experiencias traumáticas, los grupos subordinados encaran también una profunda reflexión sobre los presupuestos epistemológicos que condicionan las formas de negociar su “ser juntos” (Massey, 2005).

Por eso, los proyectos de recordar colectivamente también son proyectos de producción de conocimientos.

Esto nos lleva, como analistas, a empezar por comprender los marcos de interpretación que los sujetos ensayan y van poniendo en juego en cada actividad de reconstrucción del pasado, que siempre es también una actividad de problematización del presente con proyección al futuro (Franco y Levín, 2007).

Los pioneros estudios del Popular Memory Group (1998) nos brindaron unas de las primeras claves metodológicas para el estudio de las memorias de grupos subalternizados y de sus articulaciones con las tramas de la hegemonía. Esta mirada propició investigaciones más atentas a las arenas de disputas en las que participan las memorias y a las variadas maneras en que los grupos subalternizados se apropian, resignifican y reorganizan las memorias oficiales.

En estas coordenadas, las memorias subalternas contraponen sentidos *otros* a aquellos instituidos con pretensión de univocidad y homogeneidad. Por eso, entendemos que es ese trabajo de contraposición el que imprime a las memorias subordinadas el potencial impugnador y disruptivo que distintos autores han puesto en relieve.

Las oposiciones que estas memorias promueven no solo inciden en el ordenamiento conceptual del discurso, sino que, en ocasiones, también inciden en los ordenamientos afectivos y ontológicos con los que organizamos nuestras realidades y habitamos en el mundo (Blaser y De la Cadena, 2009).

Adentrarnos en las disputas entre las memorias oficiales y las subalternas nos conduce metodológicamente a definir un campo analítico capaz de dar cuenta de las modalidades complejas de sus enfrentamientos, vinculaciones y articulaciones. Es en las tramas de la hegemonía donde los sujetos reclaman ser comprendidos en sus propios términos, habilitar lugares de enunciación hasta entonces impensables, objetivar nuevos reclamos y articular de otras formas sus alianzas políticas y vínculos afectivos. Estas tramas, por otra parte, se reorganizan según los contextos sociohistóricos y cambiantes de su (re)producción.

En cada contexto histórico, las experiencias de desigualdad se estructuran con diferentes vocabularios de exclusión; por ende, los sujetos que viven cotidianamente los efectos de esas lógicas se irán encontrando en diferentes lugares. Esto es porque cada ordenamiento histórico de la política define ciertos lugares de inclusión y de exclusión como problemáticos.

Siguiendo las ideas de Rancière (1996), podríamos decir que la memoria de los grupos subalternizados plantean ciertas desidentificaciones con los lugares disponibles para su reconocimiento en la política al mismo tiempo que, en ocasiones, promueven un modo de subjetivar posiciones políticas que resultan desafiantes porque, hasta ese entonces, eran impensables.

En breve, las memorias subalternas pueden llegar a desafiar conceptualmente el orden social naturalizado y, a veces, también logran disputar el monopolio de la producción del discurso político. Ahora bien, importa señalar aquí que las mismas no deben ser tratadas analíticamente como constructos homogéneos, coherentes y estables.

La producción de recuerdos en común, de textos del pasado significativos para un nosotros en formación —y para un aquí y un ahora específicos—, es siempre una negociación conflictiva entre trayectorias sociales, e incluso no humanas, que deben encontrar similitudes entre sus muchas heterogeneidades (Massey, 2005).

Frente a los contextos históricos cambiantes y a la negociación permanente, las significaciones sobre el pasado no tienen carácter inmutable, así como las imágenes del pasado que se iluminan desde el presente no son siempre las mismas. La estructuración de los relatos de memoria reconoce una combinación compleja de visibilidad y latencia, de silencios y olvidos estratégicos, aun cuando vaya fijando puntos provisorios de anclaje para la interpretación, la subjetivación política y la pertenencia afectiva a un colectivo.

Por ello, cualquier estudio en el que estén involucradas las memorias de grupos subalternizados nos exige reconocer sus contextos específicos de producción: esos lugares de liminalidad subyacente y constitutiva que

impiden que la memoria clausure de forma determinante y estable alguna interpretación del pasado.

Sostenemos que un abordaje político sobre las memorias implica considerar las condiciones de posibilidad que son puestas en debate por el grupo que, al recordar, pugna por un reconocimiento en los términos que le son negados. La tarea de quienes estamos interesados en comprender esos procesos consiste, entonces, en aportar para la construcción de un enfoque teórico-metodológico que intersecte dialécticamente coacción y libertad, sujeción y procesos de resistencia, normativización del pasado y agencias creativas.

Desde diferentes territorios y recuperando experiencias diversas, los artículos que componen este número tematizan y problematizan aristas diferentes sobre el estudio de las memorias subalternizadas. Desde un abordaje etnográfico, los trabajos aquí reunidos nos invitan a pensar la interseccionalidad entre planos de reflexión teórica, epistémica y metodológica, pero también a pensar, desde experiencias situadas, diferentes dimensiones de los procesos de memoria emprendidos por colectivos que buscan tener un mayor control sobre sus vidas u orientar sus proyectos de lucha. Los apartados que siguen a continuación recorren algunas dimensiones de la memoria en las que se detienen las reflexiones de los artículos que conforman este dossier.

LA MEMORIA COMO CAMPO DE BATALLA

[Él] tiene dos enemigos: el primero le amenaza por detrás, desde los orígenes. El segundo le cierra el camino hacia adelante. Lucha contra ambos. En realidad, el primero le apoya en su lucha contra el segundo, quiere impulsarlo hacia adelante, y de la misma manera el segundo le apoya en su lucha contra el primero, le empuja hacia atrás. Pero esto es solamente teórico. Porque aparte de los adversarios, también existe él, ¿Y quién conoce sus intenciones? Siempre sueña que en un momento de descuido —para eso hace falta

una noche inimaginablemente oscura—pueda escabullirse del frente de batalla y ser elevado, por su experiencia de lucha, por encima de los combatientes, como árbitro.

ARENDT

Una de las preocupaciones que convocan a los autores de ese dossier es la de comprender la memoria cuando esta acompaña los proyectos políticos de grupos sociales que buscan revertir sus condiciones de subordinación y alterización. Se trata de una memoria que ha sido históricamente amenazada —fragmentada, utilizada con otros fines, domesticada o negada—, pero también una memoria a la que se le confían los sentidos de una futura emancipación.

En este doble carácter de *ya no ser* y de *volver a ser*, la memoria suele ser pensada como un hacer permanente, como un arduo trabajo de restauración y reactualización de sus sentidos más potentes para orientar las acciones colectivas. Ahora bien, esta tensión entre sentidos de pérdida y de regeneración se subsume en otra disyuntiva más estructural.

Por un lado, rememorar experiencias del pasado y organizarlas en marcos significativos para el presente exige trabajar con recuerdos, olvidos y marcos que fueron impuestos. Por otro lado, proyectar hacia el futuro implica identificar aquellas velocidades y direcciones en las que nos vemos envueltos como sujetos históricos y revertirlas con el fin de lograr una mayor autonomía y control sobre nuestras opciones de mundos. Es en ese punto en el que la memoria se constituye como el campo en el que se libran las batallas en las que estamos comprometidos en el presente.

En este sentido, Arendt (2016) sostiene que la lucha a la que refiere Kafka comienza cuando alguien toma conciencia de su inclusión en el curso de la acción, pero encuentra que las tradiciones que estructuran sus experiencias no son capaces siquiera de plantear preguntas adecuadas y significativas, y, mucho menos, de dar respuestas a sus propias perplejidades.

El escenario es un campo de combate sobre el cual las fuerzas del pasado y del futuro chocan una con otra; entre ellas podemos encontrar al hombre que Kafka llama Él, quien si quiere mantenerse firme por completo, debe presentar batalla a ambas fuerzas (Arendt, 2016, p. 14).

Con esta parábola queremos introducir aquí el consenso, entre los distintos autores de este número, con respecto a pensar el quiebre o la ruptura como condición de posibilidad de una política de la memoria. Como dijimos antes, el trabajo de la memoria es uno de reconstrucción del pasado, pero esta restauración no busca restituir en un *continuum* sin costuras las experiencias perdidas de antaño, sino más bien presentar lo negado o suprimido como un testigo contra la transmisión hegemónica del pasado (Benjamin, 1987).

Parafraseando a Benjamin (1987), entendemos que el militante de su memoria es el que entiende que ciertos intereses del pasado y del futuro tienden a distorsionar su trabajo, sistemática y tendenciosamente. Por ello, una reinterpretación sobre lo que sucedió en el pasado consiste en redimir elementos suprimidos por el poder para poner bajo revisión crítica a las mismas tradiciones que los suprimieron.

En el momento de la acción, los actores revolucionarios, dice Benjamin (1987), están particularmente involucrados en crear una discontinuidad histórica —en enfrentar como el Él de Kafka a las fuerzas del pasado y del futuro— o, en otras palabras, en orientar sus memorias colectivas hacia una construcción de quiebres y rupturas con los pensamientos dominantes.

Esta clase de discontinuidad es la condición de posibilidad para producir continuidades que trabajen a favor del oprimido y, en tanto determina las capacidades de acción en el campo de batalla, es el contexto de producción de los sentidos políticos de la memoria.

En esta dirección, Miguel Angel Paz Frayre, Uriel Nuño Gutiérrez y Adolfo Trejo Luna entienden el presente de la memoria como un espacio que se abre entre dos temporalidades (lo acontecido y lo que puede llegar a acontecer), y que trabaja integrando esas rupturas en nuevos significados.

A razón de ello, ellos cuestionan que el objetivo de una antropología de la memoria consista en remontar el tiempo para establecer una gran continuidad por encima de la dispersión del olvido, o en demostrar que el pasado está todavía ahí, vivo en el presente. Más bien, los autores sugieren que se trata de entender las luchas de poder que operan en torno a la rememoración, identificando los dispositivos hegemónicos, como la violencia institucional, que ponen en marcha procesos de olvido.

La memoria reorganiza recuerdos y olvidos en un trayecto temporal en el que las vidas individuales y los proyectos políticos colectivos encuentran, como dicen los autores, “un espacio de acogida”. Un espacio de comprensión compartida que nos brinda las posibilidades de ser, de pensar y de actuar juntos en pos de las luchas que nos reúnen.

El trabajo de Alma Tozzini también propone pensar la memoria como una brecha que se abre, al redireccionar los sentidos del pasado, en un campo de fuerzas. Esta autora emplaza su trabajo en lo que denomina “bordes”, esto es, espacios constituidos por múltiples relaciones no necesariamente simultáneas, atravesados por silencios, borramientos y distribuciones desiguales; también, y porque “en el espacio siempre quedan cabos sueltos” (Massey, 2005, p. 115), espacios abiertos a la posibilidad de otras conexiones (con otros espacios y con otros relatos).

El trabajo de Tozzini nos invita a pensar la memoria como un evento lugar (Massey, 2005) que puede encarnar en construcciones diferenciales de territorio, como es el caso de las comunidades mapuches que, frente a amenazas de desalojo y causas por usurpación de tierras, reclaman como propio un territorio que había sido desmarcado étnicamente y producido como espacio (plantación de pinos) para la explotación, el consumo y el desarrollo de la nación.

Cuando las comunidades mapuches empiezan a organizar sus relatos, conectando experiencias del pasado, para reclamar sus derechos territoriales en las esferas públicas de la política estatal, transforman esos “espacios y repertorios productivos desde aristas y ribetes no obvios, o que no habían sido enunciados públicamente” (Tozzini, p. 68).

Como concluye la autora, estas narrativas emergentes de una memoria subordinada se deshilvanan de una historia zurcida sobre los relatos

surgidos en el seno de una política pública nacional/provincial, y en este mismo quiebre, también rompen “el isomorfismo por el cual pareciera ser que ciertos espacios solo pueden contener ciertas historias obturando la presencia de otras” (Tozzini, p. 66).

LA MEMORIA COMO MORADA AFECTIVA

¿Qué hacen las emociones? El hacer de las emociones está ligado a las relaciones pegajosas entre los signos y los cuerpos: las emociones funcionan al trabajar a través de los signos y sobre los cuerpos para materializar las superficies y fronteras que se viven como mundos. En conclusión, quiero considerar la relación entre las emociones y la (in)justicia, como una forma de repensar qué es lo que hacen las emociones. Podemos preguntar: ¿cómo están ligadas las emociones con las historias de justicia e injusticia? ¿Cómo funcionan las emociones a través de textos no solo para “mostrar” los efectos de la injusticia, en la forma de heridas y lesiones, sino también para abrir la posibilidad de restauración, reparación, sanación y recuperación?

AHMED

En principio, y citando aquí el trabajo de Kaia Santisteban, entendemos que, en el acontecer de la memoria, el afecto es inseparable de sus dimensiones políticas. A partir de sus lecturas de Walter Benjamin (1991) y Raymond Williams (1997), Santisteban nos recuerda que, para el primero, el afecto deviene político cuando organiza la “estructura de la experiencia” cotidiana.

Al respecto, y en su análisis sobre las memorias mapuche en torno al uso del *lawen* (medicina mapuche) y al hacer de los *machi* y las *machi* (autoridades ancestrales), la autora explica cómo, al recordar consejos antiguos y experiencias heredadas de sus antepasados, los mapuches de

la Patagonia también entran sentimientos compartidos de dolor, de indignación, de apego y de deber.

Santisteban describe cómo en sus acciones colectivas del presente son esos sentimientos comunes los que permiten articular en conjuntos coherentes ciertas experiencias que hasta entonces eran vividas como inconexas e inarticuladas (McCole, 1993). En esta línea, y siguiendo a Williams (1997), la autora sostiene que el afecto interviene en la politicidad de la memoria, incluso cuando su presencia es todavía una emergencia, sin definición o clasificación.

Los afectos pueden determinar “estructuras del sentir”, como sentimientos de injusticia y de justicia, mucho “antes de ejercer presiones palpables y de establecer límites efectivos sobre la experiencia y sobre la acción” (Williams, 1997, p. 154). Cuando las personas se encuentran, como en este caso para la defensa del *lawen*, se actualizan memorias comunes y, con estas memorias, el afecto adquiere su potencial político; por ejemplo, en la contundencia que adquieren las denuncias al Estado (en tanto históricamente impidió y violentó las formas de curarse, de vincularse y de transitar), así como en la firmeza de los reclamos para una ampliación de derechos.

En el trabajo de Mariel Bleger, el afecto es actualizado a partir de los consejos implícitos o explícitos que yacen en los relatos que se transmiten entre mujeres mapuches. Las madres y las abuelas de estas narradoras fueron víctimas de uno de los desalojos más masivos y cruentos de la Patagonia, ocurrido en el año 1937; por lo tanto, como señala la autora, la memoria se sumerge en esas experiencias para continuar su transmisión de consejos.

Como sostiene Bleger, la imagen de esas abuelas o madres como poseedoras de una “historia para contar” introduce de alguna manera la posibilidad de contarse a sí mismas desde el rol de cuidadoras de la cultura. Ahora bien, la autora nos cuenta luego cómo en sus experiencias de vida durante los tiempos de la esquila, cuando los hombres de la comunidad debían ausentarse por largos periodos, o en la práctica de “maternar a los hijos de otras”, ellas vuelven a constelar los consejos maternos con sus propios desafíos diarios.

De este modo, la autora nos muestra que las memorias de las mujeres basan su continuidad con el pasado en el hecho de que tanto las mujeres que fueron desalojadas como ellas mismas han estado cuidando, con mucho esfuerzo físico y con sacrificios, las estructuras relacionales y los conocimientos culturalmente valorados por el pueblo mapuche.

En este trabajo, vemos cómo el afecto envuelve los sentidos compartidos que las unen como mujeres mapuches en los dos niveles a los que referimos antes. Por un lado, en el de las experiencias sociales que a menudo se piensan como privadas e idiosincráticas porque aún no disponen de discursos sociales reconocibles. Por el otro, en el de los textos que ya fueron organizando las experiencias comunes de formas legibles socialmente.

En relación con ello, Bleger concluye su trabajo preguntándose, en función de su investigación en curso, acerca de las formas en que esos afectos, entramados en consejos, están transformándose, de formas no esperables, en herramientas colectivas para resistir, como colectivo de *mujeres*, ciertos mandatos impuestos.

Juan Páez Cárdenas también nos propone pensar el trabajo de memoria como un proceso afectivo de subjetivación política. Este autor trabaja etnográficamente las reconstrucciones del pasado que encaran, en sus relatos autobiográficos, distintos maestros y maestras que conforman el movimiento magisterial disidente, específicamente quienes resisten la reforma educativa del año 2013 desde la Ciudad de México.

En su análisis, él resalta cómo desde un presente específico de conflictividad con el Estado, ciertos eventos, lugares y personas del pasado adquieren sentidos emotivos. Los relatos biográficos recuerdan distintos nombres de profesores y militantes que participaron en movimientos y paros estudiantiles, libros leídos durante la formación normalista o grupos político-culturales del estudiantado.

En los diferentes relatos, estas imágenes del pasado articulan con el presente en dos direcciones. Por un lado, citando a Grossberg (1992), funcionan como “carteleras” (*billboards*) que producen y definen nuevas direcciones a través del espacio. Esas carteleras (personas, eventos, libros, grupos) provocan una variedad de actividades diferentes porque abren el espacio para muchos discursos y prácticas.

En esta dirección, las imágenes seleccionadas por los maestros y las maestras en sus relatos biográficos operan como paradas temporarias y señales de orientación en sus propias trayectorias militantes. Por otro lado, rememorando situaciones afectivas y sentimientos apasionados hacia determinados ideales de lucha, esos recuerdos actualizan también una emoción compartida, entre nostálgica y de ponderación. Páez Cárdenas nos cuenta que esos sentidos afectivos construyen “el nosotros” reunido por el movimiento, pero, sobre todo, orientan las acciones políticas en direcciones similares y compartidas entre los militantes.

LA MEMORIA EN LOS SILENCIOS

Su silencio no excluía la semiosis, ya que implicaba una conciencia de relaciones de significación por parte de ella que no habla y una interpretación por parte de quienes no escuchan. Ella estaba silenciada, pero su silencio hablaba memoria.

DWYER

Para Leslie Dwyer (2009) los silencios son producciones sociales con genealogías particulares en contextos de poder, represión y violencia. Los silencios dan existencia social a experiencias negadas, dolorosas o reprimidas, eludiendo el reino traicionero del discurso de las narrativas dominantes de la verdad (“lo que realmente sucedió”) y de las memorias subordinadas a la historia del estado y de los autores de la violencia.

Dwyer (2009) enfatiza que el silencio, al igual que el discurso, es un modo de expresión en sí mismo que puede esbozar espacios de miedo, dolor, secreto o sospecha en escenarios de violencia, que puede ocultar, acusar y reorientar, así como también tener efectos semióticos. A partir de esta entrada a la memoria, entendemos que el silencio, como sostiene esta autora, no es monocromático tanto como el discurso no es estrictamente monológico; en otras palabras, hay diferentes clases de silencio, y cada una de ellas puede llevar a cabo tareas políticas y culturales específicas.

El silencio puede adquirir un lugar ambiguo cuando se instancia como un olvido. En uno de sus últimos trabajos, Paul Connerton (2008) ya nos sugería que el olvido puede devenir parte de los procesos de reconstrucción de memorias cuando estas son acompañadas por un conjunto de silencios tácitamente compartidos.

Al respecto, este autor identifica algunas de las maneras en las que el olvido condiciona las narrativas explícitas de la memoria: el borramiento por represión, el silencio prescriptivo, los olvidos constitutivos de una nueva identidad, la amnesia estructural o las anulaciones más o menos planeadas de experiencias, en ocasiones por ser evaluadas como obsoletas o como humillantes (Connerton, 2008).

En todo caso, y como sostienen Miguel Angel Paz Frayre, Uriel Nuño Gutiérrez y Adolfo Trejo Luna, “queda claro que no se puede prescindir del olvido en el intento de comprender la memoria” (p. 45) porque el olvido es también una presencia y como tal configura nuestros recuerdos.

Los artículos de este número nos invitan a pensar los silencios desde una doble explicación. Por un lado, se busca dar cuenta de las genealogías de su producción, esto es, la creación de silencios desde distintos dispositivos de poder (Trouillot, 1995), generalmente agenciados por los Estados nacionales. Por el otro, desde una etnografía de los silencios (Dwyer, 2009), centrada en comprender cómo estos adquieren sentidos particulares (“hablan memoria”) para los grupos subordinados que los retransmiten, los textos nos proponen analizar cómo los silencios resignifican lo acontecido y cómo, en ocasiones, hacen su aparición como discurso, evocando sus sentidos ante una nueva coyuntura de posibilidades o necesidades.

Este es el caso planteado en el trabajo de Tozzini, en el que la autora reconstruye cómo las políticas del Estado argentino borraron la presencia indígena en la historia del territorio, para luego mostrar cómo, en un contexto de peligro (específicamente de ser desalojadas), las comunidades mapuches objetivan esos silencios para impugnarlos, creando relatos de memoria que los vuelven a emplazar en los territorios que siempre ocuparon.

Malena Pell Richards nos cuenta cómo fue descubriendo, al realizar un trabajo de campo en la misma ciudad en la que se crio, los silencios que son significativos para las comunidades mapuches que se encuentran en conflicto con un centro aledaño de esquí. La autora empieza su reflexión mencionando que los referentes mapuches eludían referirse a sus enfrentamientos pasados con el centro turístico porque esos contextos están asociados con la proliferación de posturas y dichos racistas respecto a las comunidades mapuche.

En esta circunstancia, sostiene Pell Richards, cualquier reclamo territorial para restaurar el ejercicio de la libre circulación o la denuncia sobre la contaminación de sus territorios debía enfrentarse al constante hostigamiento de otros ciudadanos, de funcionarios y de autoridades políticas que tildan esas demandas como “limitantes” del crecimiento y como “obstáculos” al desarrollo turístico y económico del lugar.

Luego, la autora nos muestra cómo, a partir de nuevos discursos políticos para la contienda, emerge la noción de “genocidio ambiental”, y cómo a partir de ese campo isotópico las comunidades pudieron volver a poner en discurso sus demandas sobre el territorio sin traicionar sus sentidos más profundos de habitar.

Pell Richards explica el silencio, y la imposibilidad de enunciar los reclamos indígenas, como resultado de los efectos moralizadores del turismo que condicionan las subjetivaciones políticas y afectivas de los mapuches. En este análisis, también nos cuenta cómo su decisión metodológica de historizar los silencios la llevó a poner el foco en la agencia que subyace en la decisión de no hablar y cómo, para ello, tuvo primero que deconstruir sus propias ideas respecto a lo que implica “hacer silencio” y “no hablar”.

Finalmente, Pell Richards nos recuerda que la opción colectiva por el silencio responde a “una gran sensibilidad y capacidad de interpretación que los subalternos deben tener de los entornos más amplios donde se mueven política y cotidianamente” (p. 184), porque los implícitos en una comunidad de silencios se generan a partir de las evaluaciones e interpretaciones sociales que ellos y ellas hacen de los lenguajes de los que

disponen para hacer sentido de sus palabras subalternas sin traicionarlas, y de los encuadramientos hegemónicos que deslindan las experiencias del pasado en recordables u olvidables.

LA MEMORIA COMO PIEZA DE ARTE

La narración, tal como brota lentamente en el círculo del artesanado —el campesino, el marítimo y, posteriormente también el urbano—, es, de por sí, la forma similarmente artesanal de la comunicación. No se propone transmitir, como lo haría la información o el parte, el ‘puro’ asunto en sí. Más bien lo sumerge en la vida del comunicante, para poder luego recuperarlo. Por lo tanto, la huella del narrador queda adherida a la narración, como las del alfarero a la superficie de su vasija de barro.

BENJAMIN, *El narrador*

La memoria siempre está centrada en la palabra, pero para los pueblos indígenas los modos antiguos de hablar y la lengua de sus antepasados tienen un alto valor social. Cuando los hablantes y las audiencias comparten los mismos conocimientos comunicativos —sobre los géneros narrativos y las competencias necesarias para “hablar bien” y escuchar apropiadamente— suelen disfrutar cotidianamente del placer de conversar, contar chistes, cantar, relatar un cuento o se conmueven al escuchar alguna de estas expresiones que los identifican. Para Lucía Golluscio (2006), son los “actos basados en la palabra los que penetran y constituyen las relaciones interpersonales y sociales, y son constituidos por aquella” (p. 31).

Cuando Julio Ramírez nos cuenta cómo los adolescentes huicholes adquieren los conocimientos comunicativos de su cultura y cómo aprenden a improvisar en el género de las canciones, está poniendo el foco en la memoria como arte verbal. Para poder componer una canción, los jóvenes

de 10 a 15 años ya han escuchado, repetido e imitado las *performances* de los mayores en innumerables ocasiones, cada vez que asistieron a las celebraciones y ritos familiares y comunales.

Puesto que esas canciones narran la historia antigua, transmiten enseñanzas y, sobre todo, narran las actividades de los antepasados fundadores, son piezas claves del arte verbal en la transmisión de memorias y, fundamentalmente, de los sentidos sociales que emergen de esos marcos de interpretación.

En relación con los apartados anteriores, podríamos aquí sumar las siguientes reflexiones teóricas. En primer lugar, y con respecto al campo de fuerzas, entendemos que el arte verbal es parcialmente autónomo —de las fuerzas del pasado y del futuro— porque sus obras narrativas no son totalmente estructuradas por las formas habituales en que se comprende el pasado y el futuro (Kohn, 2002; Ramos, 2016).

Estas ideas están inspiradas en el planteo de Benjamin sobre la autonomía del arte y su relación con la política. Parafraseando la explicación de Richard Wolin (1994), consideramos que las piezas del arte verbal no agotan sus verdades, así como sus imágenes poderosas tendrán originales, novedosos y exclusivos significados políticos para las próximas generaciones. En la dimensión poética de una pieza de arte yace, para distintos momentos, un determinado potencial político.

En segundo lugar, y con respecto al afecto, la puesta en valor del arte verbal presupone también una comunidad emotiva y sentidos sociales adheridos fuertemente a esos afectos compartidos. Así, por ejemplo, cuando Santisteban presenta el *nütram* como el género a través del cual los mapuches han organizado sus experiencias ejemplares del pasado remoto y las significativas del pasado reciente, aclara también que lo narrado en ese marco presupone una ligazón afectiva con los ancestros, con los consejos que se desprenden de sus experiencias y con el valor de verdad y de justicia que se hereda al escuchar un relato como *nütram*.

Esta misma idea se desprende del trabajo de Bleger cuando la autora nos muestra el poder performativo de los consejos —insertos poéticamente en los relatos contados por y entre mujeres— para producir afectos

hacia sí mismas y hacia otras, enmarcados en saberes mapuches y mandatos antiguos.

Del mismo modo, Julio Ramírez, al diferenciar los tópicos sobre los que giran las canciones de los huicholes, nos cuenta que las canciones compuestas en la adolescencia expresan los sentimientos amorosos a través de un lenguaje metafórico ligado al simbolismo de las flores y con frecuencia al simbolismo religioso.

Estos sentimientos amorosos y religiosos raramente se dan separados porque se reúnen en la figura del peyote, que es la flor por excelencia en la espiritualidad y el conocimiento huicholes. Esto nos lleva a pensar que al transmitir el pasado en los géneros del arte verbal en el que se tiene competencia y en los que se socializaron los sentidos afectivos de la vida cotidiana, la memoria se liga a los cuerpos y, con ellos, crea lazos duraderos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abercrombie, T. (2006). *Caminos de la memoria y el poder. Etnografía e historia en una comunidad andina*. La Paz: Sierpe-Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Ahmed, S. (2004). *The cultural politics of emotion*. Edimburgo, Escocia: Edinburgh University Press.
- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Arendt, H. (2016). *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Buenos Aires, Argentina: Ariel.
- Benjamin, W. (1987). *Discursos interrumpidos I*. Madrid, España: Taurus.
- (1991). *El narrador*. Madrid, España: Taurus.
- Blaser, M. y De la Cadena, M. (2009). Introduction. *World Anthropologies Network*, (4), 3-10.
- Briones, C. (1998). *La alteridad del “cuarto mundo”. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones del sol.

- Carsten, J. (2007). Introduction: Ghosts of Memory. En J. Carsten (Ed.), *Ghosts of memory. Essays on remembrance and relatedness* (pp. 1-35). Sidney, Australia: Blackwell.
- Connerton, P. (2008). Seven types of forgetting. *Memory Studies*, 1, 59-71.
- Dwyer, L. (2009). A politics of silences: violence, memory and treacherous speech in pos-1965 Bali. En A. O'Neil y K. Hinton (Eds.), *Genocide, truth, memory and representation* (pp. 113-146). Durham, Inglaterra: Duke University Press.
- Franco, M. y Levín, F. (comps.). (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Golluscio, L. (2006). *El pueblo mapuche: poéticas de pertenencia y devenir*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Grossberg, L. (1992). *We gotta get out of this place. Popular conservatism and postmodern culture*. Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- Halbwachs, M. (1992). *On collective memory*. Chicago, Estados Unidos. The University of Chicago Press.
- Marx, K. y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Ciudad de México, México: Ediciones de Cultura Popular.
- Massey, D. (2005). *For space*. Londres, Inglaterra: SAGE.
- McCole, J. (1993). *Walter Benjamin and the antinomies of tradition*. Ítaca, Estados Unidos: Cornell University Press.
- Nora, P. (1989). Between memory and history: Les lieux de mémoire. *Representations*, 26, 7-24.
- Olick, J. y Robbins, J. (1998). Social memory studies: from 'collective memory' to the historical sociology of mnemonic practices. *Annual Review of Sociology*, 24, 105-140.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata, Argentina: Al Margen.
- Popular Memory Group. (1998). Popular memory: theory, politics, method. Recuperado de <http://xroads.virginia.edu/~DRBR/memory.html>

- Ramos, A. (2016). La memoria como objeto de reflexión: recortando una definición en movimiento. En A. Ramos, C. Crespo y A. Tozzini (Eds.), *Memorias en lucha. Recuerdos y silencios en contextos de subordinación y alteridad* (pp. 51-70). Viedma, Argentina: Universidad Nacional de Río Negro.
- Ramos, A., Crespo, C. y Tozzini, A. (Eds.). (2016). *Memorias en lucha. Recuerdos y silencios en contextos de subordinación y alteridad*. Viedma, Argentina: Universidad Nacional de Río Negro.
- Rancièrè, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Roseberry, W. (1994). Hegemony and the language of contention. En J. Gilbert y D. Nugent (comp.), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico* (pp. 355-366). Durham, Inglaterra: Duke University Press.
- Trouillot, M. R. (1995). *Silencing the past. Power and the production of history*. Boston, Estados Unidos: Beacon Press.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona, España: Península.